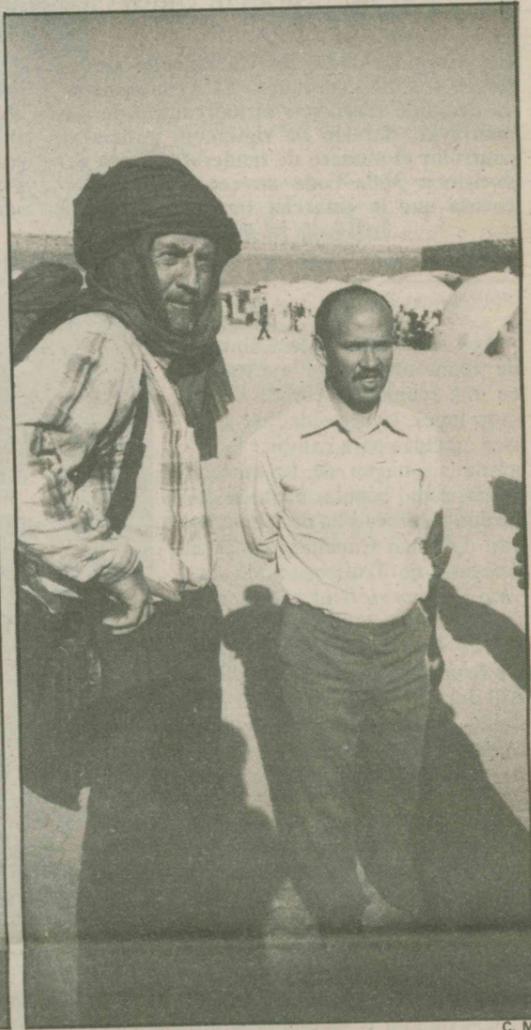


EXPEDICION GRANADINA A LOS ASENTAMIENTOS SAHARAUIS

Dama es una niña saharauí de nueve años que jamás ha visto su tierra. Seiscientos kilómetros de dunas y una guerra que enfrenta al Frente Polisario y a Marruecos desde hace 17 años impide que vea las playas del de la República Árabe Saharaui Democrática. Dama nació y vive en La Jamada. La zona más inhóspita y dura del desierto del Sahara. Cuando llega el verano soporta temperatu-

ras de más de cincuenta grados a la sombra y el azote del terrible Siroco, un viento huracanado que llena sus pulmones y sus ojos de arena y de polvo. A pesar de todo Dama no ha perdido la sonrisa y regala a los forasteros lo único que tiene: su nombre. Los miembros de la delegación oficial granadina que recorrió la pasada semana los campamentos de refugiados saharauis en Argelia trajeron un pa-

pel firmado por la niña y el convencimiento de que el pueblo saharauí será libre. A cambio entregaron un cargamento de ropas, medicinas y alimentos donado por los granadinos e invitaron al gobernador del Campo de refugiados de Auserd para que visitara Granada. Cuando la expedición abandonó el desierto, en los ojos de Dama brillaba más que nunca la bendita luz del mar.



Los miembros de la delegación granadina rodeados de niños durante su visita a una guardería de Auserd. A la derecha, Rafael Fernández Piñar se protege del sol del desierto con el tradicional turbante saharauí.

Granada en el oasis de la esperanza

CARLOS MORAN

CAMPAMENTOS DE TINDOUF. ENVIADO ESPECIAL

«Estamos sorprendidos, emocionados y admirados por la dignidad y el grado de organización conseguido por el pueblo saharauí en un medio tan hostil como este». El gobernador del campamento de refugiados de Auserd Hameti Uld Rabani, que pronto llegará a Granada invitado por el Ayuntamiento, sonríe al escuchar las palabras del concejal de cultura Rafael Fernández Piñar. A su alrededor, las mujeres han dejado de preparar el té y también sonríen. Los ancianos asienten satisfechos.

Momentos antes, la delegación oficial granadina, integrada por miembros del Ayuntamiento, Cruz Roja, IU, UGT y la Asociación de Amigos del Sahara, que visitó la pasada semana los asentamientos saharauis en el desierto argelino había tenido su primer contacto con la población. Cientos de mujeres y niños alineados frente a la tradicional *jaima* —vivienda saharauí— recibieron a los granadinos con aplausos y el impresionante y agudo grito que llaman *zagarit*.

Era la primera muestra de la hospitalidad y generosidad de un pueblo que siempre ofrece a sus visitantes lo mejor de sí mismo. «Si tienen 50 dan 100 y si tienen 100 dan 1.000», explicaba con un nudo en la garganta el edil granadino, rodeado de un grupo de niños que hacía el signo de la victoria con las manos y la sonrisa.

De esta manera comenzaban siete días intensos en los que la expedición recorrió los campos de Auserd, Dakhla y Esmara, en los alrededores de Tindouf, —ciudad

- Una delegación granadina comprueba en los campamentos de refugiados las ansias de libertad del pueblo saharauí
- El gobernador del asentamiento de Auserd, Hameti Uld Rabani, pronto llegará a Granada invitado por el Ayuntamiento
- Todos los saharauis quieren votar en el referéndum de autodeterminación que prevé para su pueblo el Plan de Paz de la ONU

que se encuentra situada en el Oeste de Argelia en la frontera con Mauritania y el Sahara Occidental— y convivió con 200.000 mujeres y niños —los hombres siguen en la línea del frente— cuya supervivencia depende exclusivamente de la ayuda humanitaria internacional, que aunque no cesa siempre es poca.

No en vano, los saharauis se enfrentan desde hace diecisiete años a los marroquíes y a La Jamada. Un ventoso y perdido pedazo del desierto argelino que en verano se convierte en un infierno con temperaturas de más de cincuenta grados. Sin embargo, este pueblo culto y sencillo no da su brazo a torcer y el exilio, lejos de desanimarles, les ha empujado a trabajar con ahínco en la construcción de un Estado.

Los saharauis han levantado hospitales, escuelas y guarderías donde antes sólo había piedras y arena y han hecho fértil una

tierra tan árida como el suelo lunar. Y lo han conseguido con unos medios cuando menos escasos.

Todo es imprescindible

«Está claro que esta gente no desperdicia la ayuda que les llega del exterior». El dirigente de Izquierda Unida de Granada Antonio Cruz y el resto de la delegación acababa de visitar el hospital del campo de Auserd y era difícil contener la emoción. Un sólo médico, ayudado por siete enfermeros y una veintena de auxiliares sanitarios, atienden a una población de más de 40.000 personas. Allí todo es imprescindible: cada píldora, cada jeringuilla, cada venda... «¡Con todo el material que se desecha en los hospitales españoles!», exclamaba el edil Rafael Pedrajas al observar el rudimentario laboratorio de análisis clínicos del centro sanitario. A pe-

sar de todo, los servicios médicos saharauis han logrado evitar las epidemias y pueden decir con orgullo que su pueblo goza de buena salud. La numerosísima población infantil —el Frente Polisario promueve la natalidad como apuesta de futuro— no presenta un aspecto fámelico y está escolarizada.

Por lo general, su situación es mejor que la de muchos niños de países del Tercer Mundo que ya son independientes.

Los pequeños saharauis tampoco asaltan al visitante en busca de obsequios. Al contrario, se comportan igual que sus mayores, y dan lo que tienen. Que como es poco, siempre es mucho. Como mucho es el valor de los jóvenes y adolescentes que se forman en el extranjero. Hamdi Lemrabet Embarek tiene dieciséis años.

Cuando dejó la escuela primaria el Gobierno Andaluz le concedió una beca para estudiar en Motril. Y se vino, pero no en avión. Hamdi subió sus cosas a un vetusto camión y recorrió en tres largos días más de dos mil kilómetros de desierto. Hace poco ha hecho el viaje de vuelta. Al igual que otros jóvenes ha respondido rápidamente al llamamiento del Frente Polisario para que regresaran a los campamentos de refugiados. Ni uno sólo se ha quedado en tierra extraña.

Todos quieren votar en el referéndum de autodeterminación que prevé para su pueblo el Plan de Paz de la ONU. Todos quieren volver a su tierra. «Estoy convencido de que a golpe de coraje, voluntad y razón serán libres». El sindicalista de FETE-UGT Enrique Moratalla hablaba por toda la delegación granadina, después de comprobar que en medio del desierto del Sahara hay un oasis de esperanza.